

delo acabado de la doncella cristiana, dotada de un corazón noble, apasionado y sensible, ama con todo su corazón, pero subordina á la razón sus afectos, somete su corazón á su conciencia, y cumple su deber como si fuera la cosa más fácil y natural del mundo, con verdadero valor cristiano. La poderosa sencillez de sus razonamientos es tal, que el mismo Fernando, contra cuya aspiración los emplea, incrédulo y todo como es y apasionado como está, reconoce que no son hijos del fanatismo, sino que su resistencia es razonada, persuasiva y heroica, puesto que en la lucha arriesga Agueda lo mismo que él, y no la arredra el peligro ni la detienen humanas contemplaciones.

Agueda personifica la santa intransigencia católica que, en cuanto se toca al honor de Dios, se cierra á la banda, así se atraviesen en la contienda todos los intereses y todos los afectos del mundo; y la novela en que Agueda es la protagonista es un himno á esa santa intransigencia de que maldicen los malos y de que se avergüenzan algunos buenos, que también son malos, aunque tengan la ridícula candidez de creer que son buenos.

Agueda es de la madera de los mártires, y si hubiera vivido en tiempo de persecución religiosa á mano armada, hubiera muerto indudablemente en la hoguera ó en el circo: porque no se necesita en verdad menos he-

roismo que para dar la vida de una vez al fuego ó á las fieras ó al filo de la espada, para darla lentamente gota á gota, esprimiendo entre amarguras y tristezas el corazón contrariado. Y Agueda ofrece á Dios su vida de esta manera cuando, convencida del estado tristísimo y desgarrador en que se encuentra el entendimiento del hombre á quien ama, y de lo difícil y casi imposible de lograr ya lo que ella ha creído su felicidad en la tierra, derrama su corazón delante de Dios en esta oración hermosísima:—«¡Señor y Redentor mío, inspírale! ¡Envía á su corazón una chispa de tu gracia! ¡Que crea y se salve, aunque yo le pierda! Y si el peso de sus errores ha de vencerle, que no me falten las fuerzas para llevar con resignación la cruz de mi desventura...»

III

El mejor elogio de la novela de que vengo tratando, y la más autorizada confirmación, á la vez, de los que dejo hechos por mi cuenta, es la dureza y el furor desplegados contra ella por la crítica racionalista.

Ya indiqué arriba que apenas quedaba periódico que no la hubiera anunciado con frases más ó menos hostiles, ni crítico de alguna fama que no hubiera echado sobre ella

toda la bilis literaria almacenada en su libre-pensamiento. En la imposibilidad de hacer mención de todos, haréla no más de los menos fanáticos, que se han dignado ¡oh generosidad! ponderar la novela por su forma, al condenarla unánimes por reaccionaria y defensora de la intolerancia.

El autor de un artículo publicado en *El Demócrata*, acusa al libro de pesimista sin más razón para ello, á lo que se me alcanza, que el que no pasen allí las cosas á la medida de los humanos deseos y á gusto del mundo, y hasta llega á negar á la novela la condición de tal, porque «al carácter humano de todos los afectos resisten presiones exteriores, que son las únicas que dificultan la solución del conflicto.»

¡Presiones exteriores! Y ¿qué entiende el articulista por presiones exteriores? ¿La fe de Agueda tal vez? ¿La ley de Dios acaso? ¿La gracia divina suavemente moviendo, pero dejando obrar libremente á la voluntad humana? ¿La misma voluntad humana separándose libremente de la ley divina, ó sometiéndose libremente á ella?

Pues estas son las causas que concurren en la obra de Pereda á la creación y á la solución del conflicto.

Por eso hay verdadero conflicto, verdadera acción, verdadera lucha.

Porque ni la fe, ni la gracia matan los

afectos del corazón: cuando más, los subyugan, pero los subyugan luchando.

Y de aquí la inmensa superioridad de la literatura cristiana en comparación con las literaturas antiguas, porque ha utilizado el interesante y variado ejercicio del libre albedrío del hombre, ora rindiéndose á la gracia, ora resistiéndola, ora triunfando de la tentación con el auxilio de la gracia, ora desperdiciando este auxilio y sucumbiendo á la tentación, en lugar de la fría y monótona fatalidad del paganismo.

Decir luego que la Religión «es hermosa cuando une, y cruel y horrible cuando separa,» es una vulgaridad progresista; porque ni la Religión, ni nadie, puede unir la luz con las tinieblas; y hacer unión donde no hay para ella términos hábiles, es hacer la más lamentable de las confusiones.

Lo mismo que decir que «el problema de la intolerancia ó se aborda con valentía, ó resulta fríamente ortodoxo y descarnado de elementos estéticos.»

No parece sino que el articulista ha trocado los frenos y ha escrito esas frases en lugar de escribir estas otras, es á saber: que el problema de la intolerancia, ó se aborda con valentía, como el Sr. Pereda le ha abordado, ó resulta fríamente heterodoxo y descarnado de elementos estéticos, como en la obra á que manifestamente alude el articulista.

Mas lo que tiene muchísima gracia es la peregrina ocurrencia de este crítico, cuando á propósito de la educación del hijo del doctor Peñarrubia, pregunta todo escandalizado al señor Pereda si «no le repugna el espectáculo *increíble* de un padre que arranca á su hijo las ilusiones de la creencia en la edad en que más él *necesita creer para seguir viviendo bien y honradamente.*»

Donde aparte de eso de las *ilusiones*, hay la confesión, chistosa en un racionalista, de que, sin creer, no se puede ser bueno y honrado.

¿Y esto, habrá dicho para sí el Sr. Pereda, me lo pregunta un partidario decidido de los gobiernos, llamémosles así, que suprimieron el Catecismo en las escuelas? ¡A qué extremos conducen la pasión... y la ignorancia!

El periódico titulado *El Liberal* ha publicado también sobre esta novela su correspondiente artículo.

El autor de él, después de disertar un poco acerca de las grandes condiciones y facultades de Pereda como novelista, se lamenta amargamente de que todas sus obras «das inspire un espíritu reaccionario é intransigente,» sin lo cual «resultarían, á su entender, más acabadas y *plausibles.*»

Relata luego á su manera el argumento, hace después, igual que el crítico anterior y lo mismo que el subsiguiente, la obligada

comparación entre esta novela y *Gloria*, y continúa fluctuando entre su natural rectitud, que le lleva á reconocer que la obra está «primorosamente escrita,» que tiene «cuadros de luz esplendorosa y brillante» y tipos «admirablemente retratados», y el espíritu de secta, que le hace hallar en el libro falta de interés, de pasiones, de grandes caracteres y hasta de verdad artística.

Todo para concluir con estas sentenciosas frases:

«En *Gloria*, el amor triunfa de la intransigencia religiosa; en *Agueda* puede más la fé que el amor. (*¡Inde irael!*) El Sr. Pereda ha hecho un buen libro, pero no ha logrado su propósito. Quiso, inútilmente, que *Agueda* fuese el reverso de la medalla de *Gloria*, porque *Gloria* no tiene reverso.»

Lo que no tiene es anverso, como tendré el honor de demostrar algun día.

IV.

Bien quisiera poder trasladar aquí literalmente las alabanzas que *De tal palo tal astilla* arranca al crítico de *El Imparcial*, que es, de entre todos, el que aborda el asunto con más pretensiones de erudito.

Pero es imposible; haría este artículo interminable.

«Paisajes hermosos con tanta luz como los de Claudio Lorena, con tanta verdad y sabia composición como los del Pussino», «la natural sencillez de un diálogo de Timoneda», «la dulzura melancólica de una égloga de Garcilaso», «cuadros de costumbres de la aldea comparables sólo á lo mejor que en este género pueda haberse escrito», «una conferencia digna de cualquier médico de aquellos que inmortalizó Molière», seguridad de «que no cabe más arte en la descripción del país y de las costumbres...» Todo esto y mucho más que dice, desleído en una columna de letra pequeña y apretada, ha encontrado el crítico de *El Imparcial* en la novela del Sr. Pereda.

Mas ¡oh dolor!... es decir, ¡oh ventura!... porque realmente, ¿de qué le servirían á mi querido amigo Pereda todos estos elogios por más que sean desinteresados é imparciales?

El verdadero elogio y el más apetecible y estimable viene ahora.

Después de todas esas alabanzas, resulta que al crítico de *El Imparcial* le parece muy mala, detestable la novela de Pereda. Por parecerle mala, hasta le parece peor que *Don Gonzalo*, que, dicho sea para satisfacción del autor, tampoco le pareció buena.

Y las razones, si así puede llamárselas, son: «Porque el Sr. Pereda ha querido dar su opinión sobre el conflicto religioso», «porque ha

hecho una novela *tendenciosa* de esas que demuestran ó poco menos lo que al autor se le ha metido en la cabeza que es la verdad, aunque no lo sea», porque «el Sr. Pereda mejoraría sus obras si en ellas prescindiese de mezclar lo humano con lo divino y no se acordase de que había en el mundo positivismo, Ateneo ni facultad de medicina», y en suma, porque «*De tal palo tal astilla* cojea del mismo pie que *D. Gonzalo González de la Gonzalera*, pero cojea mucho más.» Lo cual en cristiano viejo quiere decir que *De tal palo tal astilla* es todavía mejor que *Don Gonzalo*.

«Como á mí me gustan las cosas claras, continúa el crítico de *El Imparcial*, digo que el Sr. Pereda ha querido darnos la triaca del veneno (aquí vuelve *Gloria*) que el Sr. Galdós nos propinó con su *Gloria*... Es *De tal palo tal astilla*, una *Contra-Gloria*... *Contra-Gloria* se llama Águeda, y es en resumen una fórmula algebraica de la más vulgar mojigatería...» Y de aquí para adelante, el sapiente escritor, como dejase ya agotado el diccionario de los elogios, se entretiene en apurar el de los dicitos.

Pero vamos á cuentas: el crítico de *El Imparcial* dice, con todos los demás críticos racionalistas, que *De tal palo tal astilla* es una novela mala por ser una novela *tendenciosa*, y sin embargo confiesan esos críticos que *Gloria*, que para ellos es una novela excelen-

te se propone probar *esto ó lo otro*, es decir, que también es una novela tendenciosa; luego lo que al crítico de *El Imparcial* y á todos los críticos racionalistas les parece mal en la novela *De tal palo tal astilla* no es el que sea una novela *tendenciosa*, sino que su tendencia sea buena, es decir, el que sea una novela católica.

De suerte, que con decirlo así por lo claro, se ahorran todos estos críticos tanta palabrería y tantos rodeos para venir á parar en que Águeda, la discreta y simpática y bellísima protagonista, es para ellos «sosa como una calabaza», porque no sabe á protestantismo.

De esta laya es todo lo que queda del artículo de *El Imparcial*: amontonar injurias contra Águeda y contra el novelista que ha creado á Águeda; decir de ella que es una mujer tan soberbia, tan desabrida y tan sin caridad, que no merece que la quiera ningún hombre, cuando aparte de su fe y de su clarísimo talento, es toda humildad, toda sensibilidad y toda ternura; quejarse de qué «los novelistas *neos* no representen jamás el libre examen en hombres que crean en Dios y en la otra vida, sino en librepensadores de brocha gorda; decir diatribas mal encubiertas contra los milagros; llamar á los magníficos diálogos entre Águeda y Fernando *puerilidades pseudo-religiosas*, y repetir y volver á re-

petir todo esto, como si á fuerza de repetir muchas veces las mentiras se tornaran verdades.

«En suma, dice el crítico racionalista de *El Imparcial*, el Sr. Pereda ha escrito una novela monótona, fría, inverosímil, por seguir las huellas de escritores que tampoco han dado en el clavo (estos son Alarcón y Valera;) y por oponerse á otros (este es Galdós: ¡fuera sombreros!) que viven en *regiones* á que no debe aspirar el autor de *Don Gonzalo*.»

¡Ah! Esas regiones supongo yo que serán las logias; porque allí es donde se le ha decretado á Galdós una reputación de novelista sin saber escribir ni aun medianamente el castellano.

Pereda es un «artista admirable» y «no cabe más arte» que el de Pereda, según dice el crítico de *El Imparcial*; pero realmente no debe aspirar á las regiones en que se fraguan los esperpentos como *Gloria*, cuya menor desgracia no es ciertamente la de merecer la aprobación absoluta del crítico de *El Imparcial* y de todos los críticos *ejusdem furis*.

V.

En suma, digo yo, *De tal palo tal astilla* es una novela trascendental y bellísima por la in-

tención y por la manera admirable como está hecha, ó dígase por el fondo y por la forma.

Lo único que en ella no me gusta es el capítulo XXI, que considero un tanto peligroso y que si el Sr. Pereda me hiciera caso, suprimiría en la segunda edición, sustituyéndole con una sencilla noticia del consejo diabólico que da D. Sotero á su sobrino.

Por lo demás, repito que las críticas agrias y destempladas de los racionalistas, son la prueba más clara y más ineludible de que el señor Pereda ha puesto con su novela el dedo en la llaga, de que ha dado en lo vivo, pues de lo contrario no escocería como escuece.

Y en efecto, su novela tiene importancia religiosa y social como ninguna. Porque no es sólo contra los librepensadores y los indiferentistas, encomiadores fanáticos de la transigencia de *Gloria*, sino también contra el positivismo y la tontería de muchas hijas y muchas madres que se dicen católicas, y que en cuestión de matrimonio entran con todas como la romana del diablo, contra quien hay que presentar el tipo de Agueda, el tipo de la mujer católica de verdad, que piensa en lo que debe á Dios, en lo que se debe á sí misma y en lo que debe á sus hijos, si á Dios pluguiere dárselos. Contra esas madres y esas hijas, de las que ya en su tiempo decía el P. Martínez de la Parra, en su libro titulado *Luz de verdades católicas*: «Sepa ganar dineros

(el novio) y áun quizá hurtarlos, y concluyése; aunque él sea un mal hombre, y aunque se dude por sus acciones si es cristiano); contra esas es contra quien hay que predicar que, según los Divinos Oráculos *no hay paz con los impíos*, y que hay que *buscar lo primero el reino de Dios y su justicia*, y que *todo es vanidad fuera de amar á Dios y servirle*, y que *de nada le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma*.